

# ACERCA DE LA ESCRITURA

Del libro homónimo de  
Mónica a. Gorenberg

1991

Conferencias

On s'abonne aux Bureaux du Journal, 5, LEVARD DES ITALIE

PRIX DE L'ABONNEMENT

6. BUREAU DE BUREAU... 17 \$.

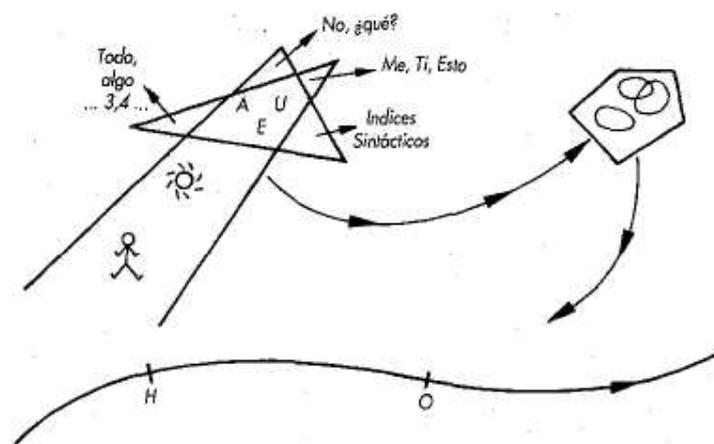
10. BUREAU DE BUREAU... 72 \$.



AGC



Vamos a iniciar la charla con un esquema en el que iré señalando los aspectos del lenguaje que más podrían interesarnos para el tema que trataremos hoy aquí.



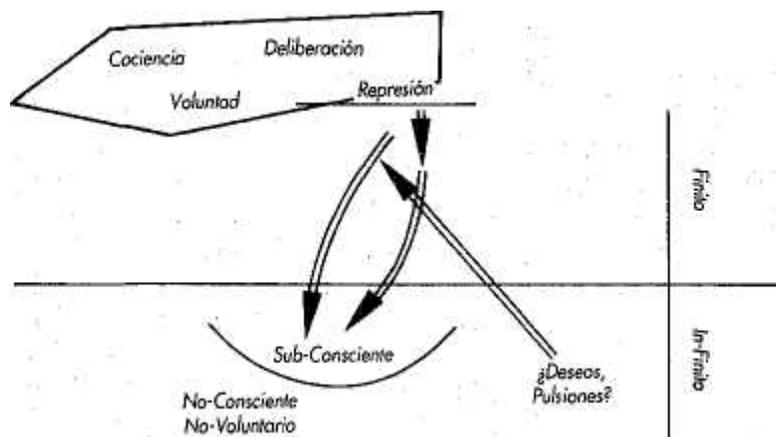
Este dibujo, con la flecha, representa el hecho de hablar o, más bien, de estar hablando, donde se sitúa el hablante y el oyente, sin entrar en consideraciones acerca de esto que representa tiempo, y que no sabemos muy bien qué es. Este tiempo representa, asimismo, la separación entre yo y tú, con tal que, por supuesto, este «yo» y este «tú» no sean nadie. Aquí «yo» no es más que el que está hablando; por lo tanto no es nadie, porque es cualquiera. Cualquiera tiene derecho a decir «yo» (es una virtud de toda lengua hablada, de toda lengua popular), y «tú» es a quien hablo.

Este es el sistema que empleamos para hacer semejante cosa, el aparato productor. Tiene esta forma de pirámide aplanada, pero imperfecta, abierta descaradamente por una de sus caras, por cuestiones en las que hoy no entraremos. En la parte central estarían los fonemas, como *a* y *u*, índices cuantificadores, personales y no personales, como cuando se dice «todo» o «cuatro». Situamos aquí una cosa fundamental, la negación, y algunos elementos interrogativos, como «¿qué?». Colocamos aquí los índices sintácticos (aunque no me gusta utilizar lenguaje gramatical), como los subordinantes, etc.; de forma que aquí tenemos un sector en el que, en exclusiva, están las palabras que significan cosas, palabras con significado como «sol» o la palabra «hombre» o «mujer», también «corren» o «venin».

El esquema se completa cuando al querer hablar, decir algo, pronunciando una frase que, según nuestro convenio comienza en *h* y termina en *o*, de alguna manera se sacan cosas del aparato pasando por una instancia intermedia, que yo llamo instancia de organización, que represento aquí en esa especie de pentágono, para después, desde ella, venir a la producción de la frase misma. Esta instancia tiene características muy interesantes: es instantánea, ajena a la noción de «trascuro». Cada frase se construye sin tiempo, a diferencia de los trabajos humanos, que se caracterizan por «duran» (por eso se pueden comprar y vender). A diferencia de cualquier actividad, cultural, comercial, que son tiempo, construir una frase no lleva tiempo alguno. Ahora mismo estoy hablando, diciendo frase tras frase, haciendo punto donde corresponde y sin necesidad de pararme ni un momento, sin necesidad de tiempo para construirlas. Sin embargo, cada una tiene su sintaxis y alguna hasta puede ser complicada. De modo que es claro que «cuesta» tiempo. Es cierto que hay que pasar, desde el aparato, por la instancia de or-

ganización, pero es un instante; luego ya las palabras marchan una detrás de otra, en línea. Necesariamente se agrupan, de vez en cuando se hace una entonación de coma, hacia el final se hace una entonación de punto. Y esto es, como veis, el lenguaje. Lo que todos sabemos por el hecho de hablar, aunque, quizá, no siendo gramáticos, no sepamos que lo sabemos.

Vamos ahora a ir al centro de lo que nos ocupa, que es la oposición de este esquema a la escritura. Para ello apelaré a otro diagrama, que es muy distinto.



La línea separa, hacia arriba, lo que uno sabe, conoce, lo que llamamos el campo de la conciencia o consciente, que es al mismo tiempo el campo de la voluntad consciente, campo de las actividades voluntarias. Dependen de lo que solemos llamar «facultades superiores», fundamentalmente conciencia y voluntad. La cuestión de la memoria no la incluyo, porque es harto complicada e introduce problemas que no vienen al caso. Agreguemos «deliberación» o «decisión», que es lo que caracteriza a la conciencia, a los actos voluntarios. Son palabras que se entienden bastante bien, no pertenecen a ninguna jerga; por lo tanto pueden utilizarse. Este campo se separa, por mera negación, que es el más útil de los elementos lingüísticos, de lo que no es eso, que es lo no-consciente, no-voluntario, no-deliberado, etc. Desde aquí, hacia abajo, hasta perdernos, porque este campo es infinito: esa es una virtud de la negación. Podría pensarse, y así es en efecto, que el reino de los actos voluntarios, conscientes, es finito; no importa si nos referimos a actos de personas, de instituciones, de grupos o del Estado; pero la negación abre, convierte, un campo cerrado y finito a la infinitud.

En el psicoanálisis, desde Freud, hay aquí un error que es característico de toda interpretación científica de una actividad como el psicoanálisis o la gramática: en cuanto que la actitud que se adopta es propiamente científica, realmente el infinito resulta intratable; entonces, sin darse cuenta, se hace finito, y el error está ya en Freud mismo, en sus escritos, donde habla de lo inconsciente como si efectivamente fuera una cosa. Es este un error heredado. Lo que no es consciente, no lo es; por lo tanto, no puedo tratarlo como una cosa. Es la propia infinitud, y cualquier práctica que se ejerza sobre él le hace ser lo que no es. Cualquiera que trate a la infinitud como a una cosa la está definiendo. Esto en las artes matemáticas que se aplican a la física se hace a cada paso: se toma la infinitud y se la domestica mediante una denominación. Igual sucede con el psicoanálisis: si alguien lo convierte en lo que no era, en una ciencia, inconscientemente trata lo inconsciente como consciente, le está haciendo ser lo que no

era. Y la virtud que tema, justamente, era no ser ninguna de esas cosas. Si esto está claro, se entiende por qué no suelo hablar de este campo: porque considero que no puede hablarse.

Lo que me interesa ahora es separar el tercer campo. Es un campo que como gramático descubro apoyándome de manera muy directa en los descubrimientos psicoanalíticos. Hay cosas que proviniendo de lo inconsciente pasan al campo de lo voluntario y deliberado; por ejemplo, impulsos, deseos, aquello que los traductores de Freud llamaron pulsiones. Existe también, desde Freud, una instancia de censura que presiona sobre los contenidos inconscientes, por lo cual, como se dice tradicionalmente, tienen que reprimirse, y al hacerlo vuelven, en cierto modo, a la infinitud. Pero sólo en cierto modo, porque, como bien sabía Freud, nada se olvida totalmente. Estas cosas, que alguna vez fueron sabidas, pero por algún motivo han debido olvidarse o sufrir represión, son las que constituyen el campo de lo que propiamente debería llamarse subconsciente. Han debido olvidarse para, precisamente, actuar mejor. Es esto lo que pasa con el lenguaje, y de un modo más primitivo. El lenguaje tiene que haber pasado por un momento en que «se sabía». Y en este caso, no por un problema de censura, sino de eficacia técnica, ha tenido que reprimirse, que recluirse en una región subconsciente, que es donde está.

Lo que os he estado comentando antes del lenguaje es lo que todos sabéis, puesto que habláis, pero no sabéis que lo sabéis. Este saber no sabido podría ser una definición de la región de la que estamos hablando. El aparato de la lengua, los mecanismos, y también la producción instantánea de cada frase, se generan en este espacio que hemos dibujado aquí abajo. Nadie puede ser tan necio como para pensar que se han generado allí desde siempre, como si el lenguaje fuera el resultado de un instinto animal. Por supuesto que en el momento del aprendizaje estaban arriba; pero lo cierto es que después del momento de adquisición, es más cómodo hablar de una manera no-cosciente, automática, para que el construir cada frase no nos cueste nada de tiempo. Esto se ve bien cuando se hace el aprendizaje de una segunda lengua: se aprende la gramática, se estudian vocabularios, más o menos amplios, y mientras tanto se suele hablar muy mal; si se sigue avanzando, lo que se nota es justamente que todo lo estudiado se va volviendo automático: lo hemos olvidado al recluirlo en el mismo sitio que la lengua materna. Este modelo del lenguaje primero se repite en todas las actividades que llamamos, con precisión, automáticas. Llamo automático, por lo tanto, al tipo de producciones que vienen de esta zona, las regiones subconscientes, y las producciones automáticas son correlativas. Aprender a bailar; por ejemplo: en un comienzo, hasta se cuentan los pasos, no se baila bien, hasta el momento en que, como suele decirse, los pies bailan solos. El baile se ha recludo a lo subconsciente privado de consciencia. No significa eso que nos encontremos en el dominio de los instintos animales; pero también es cierto que, siguiendo con el ejemplo del baile, cuando éste parece realizarse «mejor» es cuando se parece a los pretendidos movimientos naturales. De la misma naturaleza son el escribir a máquina, esquiar, etc. Pienso también que todas se hacen sobre el modelo de la lengua, se fundan sobre ella.

Esto se entiende muy bien si se piensa que la lengua materna se aprende cuando yo no estoy todavía. Al año y medio, dos años, aún no estoy. Los de alrededor han hecho un esfuerzo para que esté; hasta es posible que antes de nacer me hayan asignado un nombre, pero eso aún me es ajeno. Y es justamente en esos momentos en los que se aprende a hablar. Y allí sucede todo. Como no podemos suponer que haya ningun-

na creación de subconsciente sin antes haber pasado por la consciencia, esto nos obliga a que sea en el niño de año y medio donde se está produciendo la creación de la consciencia: que hay un momento en que «sabe» lo que está diciendo cuando imita la lengua de los padres, y hay un momento posterior en que el aprendizaje, exitoso, se recluye en la subconsciencia.

No quiero insistir en cómo esto viene a coincidir con las observaciones freudianas o psicoanalíticas en general sobre la enorme importancia de esta edad y la inmediatamente posterior, en la que, como Freud observa, se hace casi todo lo importante. Es en esta edad, asimismo, en la que esta bolsa que llamamos subconsciente se aprovecha para otras cosas: la represión freudiana propiamente dicha, por ejemplo. El niño se da cuenta de la relación apasionada de amor, o de odio, existente entre la pareja de sus padres, lo sabe y, al mismo tiempo, lo olvida.

Mientras es claro que el lenguaje está en esta bolsa que hemos dibujado abajo, la escritura, que es lo que vamos a diferenciar ahora, pertenece a las facultades superiores. Este acto, procedimiento, arte, institución (todas estas cosas es la escritura) es un invento, al igual que el arado o el vestido. Es, por lo tanto, voluntario, deliberado; aun en el caso de que haya llegado a participar de cierto grado de automatismo, siempre se puede pensar cada frase, modificarla, corregirla, cambiarla. Es el acto cultural o histórico por excelencia. No es vana la definición que nos enseñan de que la Historia, en sentido estricto, comienza con la escritura. La Historia empieza cuando en una piedra aparece un signo que puede leerse. Entonces aparece el *homo historicus*, que no es el hombre, sino el hombre histórico (es con la escritura con la que se funda la agricultura, la música organizada y la construcción de casas, lo que llamamos cultura), recordando siempre la desproporción entre la edad del hombre y la del hombre histórico.

Haciendo caso de los científicos, paleontólogos, antropólogos, dicen que probablemente hace 500.000 años que hablamos (es una cifra aproximada) y sólo hace 6.000 que escribimos. Es decir, que desde los sumerios, por ejemplo, no ha pasado prácticamente nada: la Historia es mínima comparada con la profundidad lingüística. Imitando nuevamente el lenguaje de los científicos, podríamos establecer un paralelo entre lo que se llama la ontogénesis y la filogénesis, y acudir a lo que antes os sugería respecto del niño: como si lo que sucede en los primeros años, con la formación de la consciencia y la subconsciencia, tenga esa desproporción respecto de nuestras actividades posteriores, con que a lo largo de la vida nos seguimos debatiendo para cambiarnos, para reafirmarnos, todo lo que comprenden las «actividades o facultades superiores».

Conviene entonces entender mejor la relación entre este hecho cultural, el primer hecho cultural, y el lenguaje. La escritura tiene como característica que es por medio de su ejercicio como algo que había quedado recluido en el subconsciente, vuelve a la consciencia. Porque aprender a escribir quiere decir esto: lo que habíamos sabido y olvidado al aprender a hablar debemos volver a recordarlo, por lo menos en parte, al aprender a escribir.

Por supuesto, que así como el lenguaje es una cosa fluida, plástica, tiene la riqueza que os podéis llegar a imaginar, la escuela, como casi todos los inventos humanos, es

mucho más tosca; de manera que la vuelta a la consciencia del lenguaje es parcial. Si el niño quiere aprender a utilizar las letras, tiene que volver a tomar consciencia de los fonemas, porque las letras están justamente para representar eso: no ruidos, sino fonemas. Con la escritura ideográfica sucedía lo mismo, sólo que la toma de consciencia era respecto de los elementos del vocabulario, para luego poder utilizar los signos que se correspondían con esas palabras ideales. Si después se enseña puntuación, peor todavía, mucho peor que con las letras, pues lo que se está tratando de hacer volver a la consciencia es la organización sintáctica, que hablando se maneja con tanta perfección, sin pensar un momento. Se sugieren los sitios donde la frase tiene su inflexión de coma, las relaciones entre una palabra y otra, cómo a su vez eso constituye una pieza que se junta con otra. Se enseña todo esto a través del blanco de escritura, que es el signo de puntuación más elemental, y por medio de puntos, comas, signos de interrogación, etcétera. Todo esto se enseña un poco y mal, torcidamente: la puntuación es aún más traidora a la lengua que las letras. De modo que, en resumen, la enseñanza de la escritura en el niño es la vuelta a la consciencia de modo imperfecto, tosco, parcial, de lo que dos años antes se había recluso en el subconsciente para mejor utilizarse.

El niño y el semiletrado pasan por una etapa en la que son en su escritura más fieles a los hechos de la lengua que los cultos, los doctos. Si vemos un texto escrito por alguno de ellos, observamos que las separaciones entre las palabras, por ejemplo, son más fieles a la verdad de la lengua que las enseñanzas escolares, académicas, que están más relacionadas con elementos exteriores de índole cultural o histórica. ¿Qué ha sucedido? Se ha dicho: «Se trata de reproducir gráficamente el lenguaje», es decir, ha aprendido los principios y los aplica sin pasar por el tamiz de lo que llamamos cultura. Esta habilidad o fidelidad del semiletrado, del niño, es como el recordatorio de algo a lo que tenemos que aludir: el aprendizaje del lenguaje mismo.

He pasado muy rápidamente sobre el hecho de que el niño alrededor del año y medio pasa por una fase en la que al recibir la lengua de los adultos que le rodean, como habíamos dicho, aparece la consciencia y, correlativamente, el subconsciente. Pero, ¿cómo es posible que todo ello ocurra en, más o menos, seis meses? ¿Cómo se recorre ese espacio que así mirado debe medir casi un infinito? ¿De ser algo que no habla a ser un yo que no es nadie, el que habla, y luego a dejarse convertir en un yo que ya es real?

Esto es lo que ha llevado a muchos lingüistas a pensar que este milagro es de por sí un milagro, si no se añade algo más. Debemos suponer una preparación, pensar que, aunque de un modo básico, el niño trae una gramática general, que consiste en una disposición para aprender una lengua cualquiera. Esto se observa bien cuando se pone atención a los niños en ese período de aprendizaje. Se dibuja entonces un combate entre la gramática que el niño trae sabida y la gramática de los adultos, que es la que tiene que aprender. Todo el mundo sabe que los niños son analogistas, que tienden a regularizar mucho más. Las lenguas históricas están llenas de irregularidades, que arrastran justamente porque son históricas. El niño pretende hablar una lengua perfecta, que fuera la pura lógica. Esa es la lengua que trae, y con lo que se encuentra es con una lengua particular, cargada de pedanterías y de historia.

Sin detenerme más en esto, para poder abrir luego el debate, quiero insistir en la diferencia entre la escritura y el hecho mismo del lenguaje. Observen cómo la primera, que pertenece a la esfera de las facultades superiores, a salvo de que en su realización pueda automatizarse, es algo no sólo cultural, histórico, sino, y por lo mismo, personal. La persona es una institución histórica y cultural. Yo, Fulano de Tal, hijo de Mengano, soy una institución y en ello no me distingo en nada de la Banca, de la Iglesia, de cualquier institución. Y la institucionalización de la escritura da lugar al estilo. Y hay, entonces, una escritura, un estilo, propio de cada institución: escritura científica, escritura literaria, poética, y también una escritura personal. Las características estilísticas de cada uno llevan a «comerse» al producto, porque a fuerza de ser el producto expresivo de la Persona, por ejemplo, del literato, del pretendido poeta, esa función expresiva, representativa del ente real, acaba por ocuparlo todo. Dicho de otro modo, la poesía acaba por no decir nada más que «el poeta», o sea, no decir nada.

Ahora, esto que pasa con la poesía, no pasa con el lenguaje. Os lo mostraré con un ejemplo sencillo correspondiente a reglas de escritura elemental. Es evidente que dado lo caótico de las convenciones escolares, puedo elegir escribir de una u otra manera (incluso puedo poner en ello mucho esmero) según las reglas de puntuación que, más o menos, he entendido, teniendo en cuenta, además, que han perdido la fidelidad al lenguaje hablado. Es decir, que tengo cierta posibilidad de elección personal acerca de los puntos, comas, o puedo, aún, prescindir de la puntuación, según otra retórica utilizada bastante por los poetas actuales. Es curioso, porque la sensación que dan es que esos signos les desfiguran los versos, y como la poesía se ha hecho meramente escritura, la tipografía tiene una importancia desmesurada. Recordemos que a estos manejos se presta lo que es una institución cultural, histórica y personal.

Pero el lenguaje no se presta a esto. Si por ejemplo digo:«...»(no se entiende, aunque se oye). Esto es español. Hacemos la experiencia un par de veces más y vemos lo que sucede cuando intentamos hacer con el lenguaje lo que a cada rato se hace con la escritura: no respetar los signos de puntuación naturales, desplazar los acentos o, más bien, suprimirlos. La frase dice «y se pone la picajosa de ella que si no se le da lo que por lo visto pretende no levantará la cabecita». Fíjense que lo único que he hecho ha sido actuar «desde arriba», voluntaria, deliberada, caprichosa y personalmente sobre una parte mínima de los hechos de la lengua, la que corresponde a la entonación, pausas y acentos de una frase. Lo que a cada paso se hace con la escritura. Leeré de nuevo la frase. Observen que tiene cuatro espacios de coma, dos necesarios y dos potestativos, pero muy convenientes, con una caída al final del tipo sol-do, que asegura que la frase es una frase de decir y no otra cosa, y cada palabra lleva su acento. «Y se pone la picajosa de ella, que si nó se le dá lo que, por lo visto, pretende, nó levantará la cabecita».

Creo que este simple experimento muestra muy bien la diferencia entre lenguaje y escritura. Todo lo personal e histórico encuentra su espacio en la escritura. Hablando es imposible. De todos modos, para terminar, quitaré un poco de hierro al asunto de esta separación, porque es lo justo. Es indudable que hablando también aparece el estilo. Hay, se dice, diferentes formas de expresarse, según el carácter o según la situación, pero siempre con arreglo a que los hechos gramaticales no se desfiguren. Los fonemas son veintitrés y se combinan de cierta manera. Las entonaciones de coma no se confunden con subidas o bajadas de tono por agitación; las entonaciones de fin de frase

son unas pocas y sometidas a reglas. Frente a la riqueza y la infinitud que me ofrece el habla, los hechos gramaticales de prosodia, sintaxis, permanecen fijos, y esos son justamente los que no me pertenecen ni a mí, ni a la Banca, ni a ninguna institución.

Pertenecen a, están establecidos en, este espacio de abajo. Y allí yo no soy nadie, soy cualquiera, soy todos, el pueblo. Y ese es el verdadero sujeto de la lengua. Y así ese subconsciente se nos revela como no personal; ese subconsciente de la lengua es más bien popular, común. Es «yo» a condición de no ser nadie. Y de la escritura no podrá decirse nunca que es popular. Por más que se haga, será siempre una institución «de arriba». Recordad las campañas de alfabetización o la promoción, por medio de premios, de la actividad literaria.

La separación entre escritura y lenguaje es radical, pero eso no se contradice con sus profundas relaciones. Habíamos dicho que la escritura es la primera toma de conciencia de lenguaje y aún podemos agregar que hay en el aparato de la lengua una parte que ya casi no es lengua, gramática, sino que ya es prácticamente cultura. Es la parte que en el esquema queda abierta y que corresponde al vocabulario; allí llega la conciencia de cualquiera, aunque no sea gramático. La gente, cuando la obligan a hablar del lenguaje, ¿de qué se acuerda?: del vocabulario; quizá también del tono regional o del tono de la clase social; pero a tener conciencia de la sintaxis, de que los fonemas son veintitrés y tienen sus reglas, o de que hay una colección de cuantificadores, demostrativos, eso que es lo fundamental de la lengua, la gente no suele llegar.

Por supuesto que también los que suelen llegar, que son los doctos, no siempre llegan bien. Comienzan a especular e inventan cosas que son a veces peores que la ignorancia, porque pretenden saber.

Así es que, por este lado, la lengua, justamente por estar abierta, se vuelve cultura. Recordemos aquí lo que os señalaba a propósito de la lengua que trae el niño al nacer. Esa lengua no puede traer vocabulario; tiene que tener todo lo demás, porque es la disposición a hablar una lengua: traerá implementos para preguntar, cuantificar, sobre todo para negar, la estructura fonémica de las palabras y un lugar, vacío, para el vocabulario que rellena cada lengua particular.

Y como esa es la parte de lengua que ya casi no lo es, se aprende junto con ella una visión del mundo propia de la lengua de que se trate. Este vocabulario es manejable, como todos los hechos de cultura. Cuando el Estado intenta manejar la lengua, lo único que llega a manejar es eso. Un ejemplo es la publicidad, los periódicos, pero nunca se llega a lo importante, quedando el campo de manipulación restringido a lo semántico.

AGC. — Insisto en la separación radical entre lenguaje y escritura, porque se confunden a cada paso. Y esa confusión sirve, entre otras cosas, para plantearse el problema de la pertenencia, de la propiedad. El lenguaje no pertenece a nadie, pero la escritura es una institución, es cultura y, por lo tanto, es propiedad de alguien, persona o grupo. El aprendizaje no es que sea inconsciente, sino que en su transcurso se crea la

consciencia y el subconsciente. Y lo que queda relegado a este último es lo que no es ni siquiera objeto de psicología.

P. —...

R. — No he querido entrar en la discusión del tema de significante y significado, porque es una larga batalla que mantengo con los semióticos. Saben que Saussure los hizo inseparables, como forma de caracterizar el signo. Incluso llegó a utilizar metáforas como las caras de una moneda, la hoja de papel, etc. Cuando los han hecho independientes, se creó una enorme confusión. Conviene recordar que los hechos de la lengua son profundamente abstractos. El fonema, por ejemplo, no tiene nada que ver con su realización en la frase hablada, que es cuando se hace concreto. Hay que decir también que Lacan, un poco más sensato que los semióticos, iluminó bastante las relaciones entre el lenguaje y lo que llamo subconsciente. Porque, ¿para qué puede servir la gramática y, aun, el psicoanálisis? Creo que la mayor ayuda consiste en que posibilitan desembarazarnos de nosotros mismos, permitiendo que hable en nosotros el lenguaje, que es lo que no puede pertenecemos. Pensemos en la poesía, en la que hago yo, por ejemplo. Si alguna ha salido bien es porque yo me he quitado de en medio. Las malas, esas son todas mías. Esa es la regla.

P. — Pensando en los sueños, me parece que el subconsciente está estructurado como una escritura. Una escritura muy particular, en forma de carta, quizá. Una carta que se escribe a medida que se la lee. En este caso, este subconsciente aparece conformado no sólo con los elementos técnicos de que hablabas, sino otros más personales, históricos. Parece un discurso no escrito, sino que se escribe en el momento de leerlo.

R. — Las relaciones entre sueño y lenguaje son harto complicadas. Si identificar sueño y lenguaje es difícil, imaginen el trabajo para pensar sueño y escritura. Freud mismo hizo notar que, al pensar «sueño» como lenguaje, encontraba características aberrantes como la ausencia de la negación, y habéis visto que la consideré como la pieza fundamental del sistema de la lengua. Como consecuencia, falla la organización en oposiciones y antítesis, que es el fundamento de la gramática, y eso es lo que Freud vio muy bien. Aparte del sueño mismo, del que sabemos muy poco, lo que sin duda es un caso de lenguaje es la narración del mismo. Un problema central es la pregunta acerca de si el sueño dura o no dura tiempo, porque si no dura, no hay tiempo, se aparta totalmente de la producción lingüística. Al mismo tiempo, si pensáramos que sí es un lenguaje, tendría una sintaxis común a todos los soñantes, siendo el vocabulario lo que quedaría como espacio para la expresión personal individualizada.